

SOLEMNIDAD DE LA EPIFANÍA DEL SEÑOR
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
6 de enero de 2013
Is 60, 1-6; Ef 3, 2-3.5-6; Mt 2, 1-12

Caminarán los pueblos a tu luz, los reyes al resplandor de tu aurora, lo hemos escuchado, hermanos y hermanas, en la primera lectura. El profeta se refería con estas palabras a la ciudad de *Jerusalén* que acababa de ser restaurada. La veía iluminada por Dios y convertida en *luz*, no sólo para Israel, sino también para el mundo entero, para todos los pueblos y para sus dirigentes. Con estas palabras, el profeta reflejaba lo que ocurriría en el futuro: mientras la oscuridad envuelve a *las naciones*, *amanecerá el Señor* y mucha gente de todos los pueblos acude a él para acoger en la fe *la gloria* divina que resplandece en Cristo (cf. Col 2, 9).

La tradición cristiana ve el inicio del cumplimiento de esta profecía sobre *los pueblos* que peregrinan allí donde brilla *la luz* de Dios, en el evangelio que acabamos de escuchar, en la adoración de los *magos* procedentes de las tierras lejanas *de Oriente* que descubrieron la claridad esplendente de Aquel que es *la Luz* de las naciones, Jesucristo. Para los *magos*, *Jerusalén* les es un punto importante en la búsqueda porque les indica el lugar donde brilla la auténtica *luz*. Pero deben ir más allá, a Belén. Allí descubren la *luz* en el niño Jesús, el rey de los judíos -el Mesías- *que acaba de nacer*. Efectivamente, tal como decía la carta de San Pablo a los Efesios: *también los gentiles son coherederos, miembros del mismo cuerpo y partícipes de la promesa en Jesucristo*. Es decir, todos los pueblos son admitidos a entrar en la alianza que Dios había iniciado con el pueblo de Israel, una alianza que tenía como centro a la ciudad de *Jerusalén*. Pero en adelante, esta alianza tendrá como centro a la persona de *Jesucristo*. Los *magos* constituyen la primicia de los pueblos no judíos que descubren *la luz* en Jesucristo. Por eso, como decía, la tradición cristiana ve en el episodio de la adoración de los *magos* el inicio del cumplimiento de la profecía de Isaías. Los *magos* son la primicia, pero, tras ellos, miles y miles de hombres y mujeres de todas las razas y de todos los *pueblos* de la tierra han descubierto la *luz* en la persona de Jesús y en su Evangelio. Entre estos, estamos nosotros que por la fe y el bautismo nos hemos convertido hermanos de Jesucristo, hijos de la nueva *Jerusalén*, la *del cielo* (cf. Gal 4, 26), por lo que nos sentimos dichosos, porque, en Cristo el hijo de María, hemos encontrado la *luz* y como los *magos* le hemos prestado el homenaje de nuestra fe y le hemos ofrecido como presente toda nuestra vida.

La liturgia de la Epifanía, como veis, da una importancia particular al tema de la *luz*, porque es la manifestación de Aquel que, como dice el evangelio de san Juan, es *la luz verdadera que viene al mundo para iluminar* a toda la humanidad (cf. Jn 1, 9). Pero, ¿qué queremos decir cuando hablamos de Cristo como portador de la *luz* que disipa las *tinieblas que cubren la tierra*? ¿En qué consiste esa *luz*? La *luz* es, en la visión de los profetas y los evangelistas, un reflejo de la verdad y de la gloria de Dios que los creyentes descubren por la fe y que les lleva a descubrir la Palabra de Dios. Una Palabra que habla del amor divino con que somos amados y de cómo hemos de amar según la medida cristiana; una Palabra que es *luz* para nuestros pasos de cada día (cf. Sal 118, 105), porque nos ayuda a ver lo que es bueno y lo que no es conforme a la dignidad de la persona humana ni ayuda a avanzar hacia la felicidad plena. La *luz* que refleja la Palabra de Dios nos muestra, además, cuál es el sentido de nuestra existencia sobre la tierra y cuál es la vocación eterna que nos ha sido dada. Por eso los que hemos descubierto la *luz* de Jesucristo debemos luchar contra todo lo que es *tiniebla* en el mundo. *Tiniebla* entendida como el ámbito de la falta de amor, como el ámbito del mal, de la corrupción, de la muerte.

Esta *tiniebla* se encuentra también en nuestro corazón, en todo lo que podamos tener de egoísmo, de desamor, de falta de generosidad con Dios, en todo lo que podamos hacer daño. Debemos trabajar espiritualmente para que la *luz* que por la fe habita en nuestro interior vaya ahogando las zonas de *tinieblas* que pueda haber (cf. Jn 1, 4-5). Así podremos experimentar una *alegría* tan grande como la de los *magos* cuando se encontraron con Jesús.

Aún ahora las palabras del profeta Isaías que hemos escuchado reflejan la realidad de nuestro mundo: *las tinieblas cubren* muchas realidades de *la tierra y la oscuridad* cubre muchas situaciones humanas. Sólo hay que pensar en tantas estructuras de poder que hacen sufrir a los inocentes, que no respetan los derechos de las personas y de los pueblos, que provocan la injusticia, las discriminaciones, la tortura, la muerte. Sólo hay que pensar también en la falta de ética que lleva a la mentira, a la corrupción y a la falta de responsabilidad, hasta el punto que podemos constatar que hay corruptos que no se avergüenzan de nada de lo que han hecho. La tiniebla y la oscuridad que planean sobre nuestro mundo han generado un capitalismo inhumano, desbocado, a menudo sin rostro, que provoca una desigualdad social creciente, con el aumento de la pobreza y la marginación, que ponen en peligro la cohesión social. Frente a estas *tinieblas* y la falta de esperanza que hay en tanta gente, los creyentes tenemos que poner *la luz* y la alegría que vienen del encuentro con Jesucristo y de su Evangélico y la solidaridad en el compartir. Debemos hacerlo sin miedo y sin complejos para ayudar a los demás a encontrar la verdad de Jesucristo y para ayudar a transformar todas las situaciones negativas que agobian al ser humano contemporáneo, y contribuir así a disipar todas las *tinieblas* que aún *cubren la tierra*. Tomando por modelo a los *magos*, tal como los presenta el evangelio de hoy, nos debemos dejar interpelar por la realidad que nos rodea, debemos iluminarla con la Palabra de la Sagrada Escritura que nos llevará hasta a Jesús y su Evangelio. En él, encontraremos la revelación de Dios y inseparablemente unida la revelación de la dignidad del ser humano, y aún una guía de humanismo para la vida familiar, para gestionar la convivencia social, la economía y la actividad empresarial.

Encontrar a Jesús, el Mesías, es encontrar el camino de la alegría interior y de la paz que se deriva. Una alegría similar a la de *los magos al ver la estrella* que indicaba el lugar de la presencia del *Niño-Rey* que buscaban. De hecho, todo el Evangelio tiene como hilo conductor un mensaje gozoso, desde la alegría que envuelve la anunciación a María, la Navidad y la Epifanía, hasta Pascua y el don del Espíritu. Es una alegría fundamentada en el amor de Dios por la humanidad que tiene su culmen en el don total de Jesucristo en la cruz para hacer de su muerte el triunfo radical sobre las *tinieblas* del mundo. Este mensaje gozoso que culmina en la Pascua nos ha sido recordado en el anuncio de las fiestas que acabamos de escuchar. A nosotros toca vivirlo guiados por la fuerza del Espíritu que nos hace portadores de la *luz* de Cristo para iluminar todas las zonas de oscuridad de nuestro mundo, para luchar contra todo lo que aún queda de tiniebla con la gracia que nos viene de Jesucristo en la celebración renovada de su Pascua que es la Eucaristía.